

los y herejías; y predicaban, confesaban y establecían en todas partes prácticas conducentes á mantener la fe y hacer revivir la devoción¹.

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por habernos deparado tan bellos ejemplos entre los pobres: concedednos la humildad y la pureza de intencion de san Isidro.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mi mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, á nadie despreciaré jamás.

¹ Pluquet, t. I, pág. 252.

LECCION XLI.

CONSERVACION Y PROPAGACION DEL CRISTIANISMO.
(SIGLO XIII).

La Iglesia defendida: Carmelitas, Franciscanos, Dominicos, Agustinos; santo Tomás.

Los primeros adalides que Dios opuso en el siglo XIII á los numerosos sectarios que atacaban á la Iglesia, fueron los Carmelitas. En sus principios eran unos simples ermitaños retirados en el monte Carmelo en Palestina, y consideraban como á su fundador y modelo al profeta Elías, que habia vivido en la misma montaña al igual que su discípulo Eliseo. Su superior en 1209 se dirigió al bienaventurado Alberto, patriarca de Jerusalem, pidiéndole una regla, y este santo varon dictó para la Orden carmelitana unas constituciones las mas sabias, en las cuales se ordenaba á los hermanos orar noche y dia en sus celdas, salvo el caso de dispensa por legitima ocupacion, ayuno diario, á excepcion de los domingos, desde la Exaltacion de la santa Cruz hasta Pascua, comer siempre de vigilia, aplicarse á trabajos manuales, y guardar silencio desde Vísperas hasta la hora de Tercia siguiente.

Las conquistas de los árabes obligaron á estos religiosos á dejar la Palestina hácia principios del siglo XIII, y trasladarse á Europa; verdadera cohorte de aguerridos veteranos que nuestro Señor enviaba en auxilio de su atribulada esposa la Iglesia. Rápidas fueron las creces de esta Orden y eminentes los servicios que prestó, habiendo dado al mundo una multitud de sujetos insignes, cuyo saber y virtud son el honor de la Religion. El bienaventurado Alberto su legislador pereció en 1214 á manos de un inícuo á quien habia reprimido por sus delitos¹.

Al propio tiempo que los Carmelitas llegaban de Oriente para defender á la Iglesia, Dios suscitó en Occidente al cuarto patriarca de la Orden monástica, el gran san Francisco de Asis. En pos de este nuevo capitan marcha un ejército de Santos, los cuales por medio

¹ Helyot, t. I, pág. 301.

de sus predicaciones oponen la verdad al error, y por medio de su ejemplo, la pobreza, la mortificacion y la humildad al amor desenfrenado de los placeres, honores y riquezas; en suma, virtudes reales á las aparentes de los sectarios y á los escándalos de los malos cristianos.

San Francisco, fundador de la Orden franciscana, nació en Asis, ciudad de Italia, en el año 1182. La compasion hácia los pobres parecia serle innata, y muchas veces le aconteció quitarse sus vestidos para cubrir á los desnudos. Hallándose un día en la iglesia oyó leer estas palabras del Evangelio: *No lleveis nada para el camino, ni baston, ni alforja, ni pan, ni dinero, ni tengais dos túnicas*¹. El nuevo Antonio las tomó á la letra, y aplicándoselas al punto, dió todo su dinero, se descalzó, tiró su baston, y se puso un miserable saco ceñido con una cuerda. Este fué el mismo traje que dió á sus discípulos, los cuales no tardaron en organizarse entre los vecinos de Asis, movidos por su ejemplo y sus palabras que hacian prorumpir en llanto á los pecadores mas endurecidos. Para acostumbrarles al amor y á la práctica de la pobreza, los fué llevando por toda la ciudad, para pedir limosna á cada puerta, dándoles con ello á entender que todo su patrimonio se reduciría á las larguezas de la caridad.

Despues de esto procuró instruirles en los varios ejercicios de la vida espiritual: hablábales á menudo del reino de Dios, del desprecio del mundo, de la renuncia de su voluntad, de las mortificaciones corporales, todo con objeto de predisponerles á la ejecucion de su plan, que era enviarles por el mundo á predicar el Evangelio. Las exhortaciones de este santo Patriarca, animadas por el fuego del amor divino y sostenidas por un celo ardiente en favor de las almas, causaron en el ánimo de sus hijos todo el efecto que se habia prometido; y un día mientras les hablaba de las misiones, movidos de una santa inspiracion, se postraron á sus piés suplicándole que no dilatara el cumplimiento de sus designios; pero el momento determinado por la Providencia no habia llegado aun. En el interin, Francisco trazó para su corta familia una regla de vida en la que entre otras cosas disponia rezar tres *Padre nuestros* á cada hora canónica, y poco despues redactó sus constituciones, que fueron una verdadera obra maestra de sabiduria, y que aprobaron y elogiaron en alto grado los Sumos Pontífices. Hé aquí el resumen de su contenido:

¹ Luc. ix, 3.

Por humildad llama al Santo á sus religiosos *hermanos menores*; su instituto es predicar por medio de ejemplos y discursos las tres grandes virtudes del Cristianismo: amor á la pobreza, amor al sufrimiento, y amor á la humildad. Para practicarse en ello nunca andan á caballo, sino á pié, descalzos y descubiertos; una celdilla de algunos piés de extension es su vivienda, un jergon su cama, una túnica basta de lana su traje, sin usar camisa ni otra prenda de lienzo; comen de las limosnas que reciben ó del trabajo de sus manos, y nada absolutamente poseen, recordándoles su nombre que son las últimas personas en el mundo, y que han de hallarse siempre prontos á sufrir toda clase de ignominias y persecuciones de parte de todos.

¡Quién lo creyera! una Orden desprovista de los mas esenciales recursos, y en diametral oposicion con todas las pasiones, se extendió con asombrosa rapidez, de manera que ya en vida del santo Fundador se contaron hasta diez mil religiosos de su instituto, y mas adelante llegaron á mas de ciento y cincuenta mil; ejemplos vivos y presentes en todas partes de las tres virtudes fundamentales de la Religion: humildad, pobreza y castidad. Segun los países, se distinguen con diferentes nombres: en unos se les llama *cordeleros*, á causa del cordon con que se ciñen; en otros *recoletos*, por alusion á su vida recogida, y en muchos *capuchinos*, por razon de la particular hechura de su traje, siendo quizá los mas populares los conocidos con este último nombre, pues son inmensos los servicios que prestaron en todo tiempo á la clase pobre de las ciudades y de los campos. Y ¡aun hay hombres bastante ilusos para permitirse torpes injurias contra esos padres de los pobres, verdaderos consoladores de los afligidos, y paños de lágrimas del pueblo!

Al eminente Francisco, patriarca de esas innumerables tribus de Santos y Santas, se le da el dictado de *Seráfico* en virtud de su ardiente caridad para con Dios que le hacia semejar á un Serafin revestido de carne mortal. Entre muchísimas gracias extraordinarias que recibió del Señor, no hay otra mas famosa que la que vamos á referir: durante una vision en la cual se abandonaba á toda la ternura de su compasion hácia los sufrimientos del Hombre-Dios, este divino Señor se dignó darle una admirable semejanza con él, imprimiendo en su cuerpo los *estigmas* ó señales de su pasion, de manera que los piés y manos de Francisco fueron taladrados de clavos, cuyas cabezas negras y redondeadas se veian en las palmas de sus ma-

nos y en la parte superior de los piés, y sus puntas remachadas sobresalían por el lado opuesto. Además se abrió en su costado una llaga como de lanza, la cual á veces manaba sangre hasta teñir su túnica. La impresion de estas llagas es indubitable en vista del testimonio del papa Alejandro IV, el cual en un sermón predicado delante de san Buenaventura declaró haberlas examinado por sus ojos; prescindiendo del testimonio de otras muchas personas que declararon lo propio con juramento ¹.

Conociendo que se acercaba su última hora, el humilde Francisco mandó cantar un himno compuesto por él para dar gracias á Dios en nombre de todas las criaturas. Su santidad le habia dado á él mismo sobre cuantos seres le rodeaban una parte del señorío que el hombre en estado de inocencia ejercia sobre la naturaleza. Cuando á la alborada oraba dentro una gruta rodeada de bosque, los pajarillos reposaban en los árboles y le acompañaban con sus trinos; mas si por acaso estorbaban al Santo, dábales éste la bendición diciendo: ¡Idos! y al punto las avecillas obedientes iban á continuar mas léjos sus melodías, para no turbar la harto mas deliciosa del Santo.

Antes de espirar hizo que lo trasladasen al convento de Nuestra Señora de los Ángeles, donde, recostado en el suelo, cubierto con un pobre sayal que le habian dado, llamó cerca de sí á sus discípulos, y exhortándoles al amor de Dios y á la práctica de la obediencia y la pobreza, les dió su última bendición, extensiva á los ausentes, diciendo: Adios, hijos míos; permaneced siempre en el temor del Señor. Despues se puso á recitar un salmo, y al llegar á estas palabras del mismo: *Saca mi alma de la prision para alabar tu nombre: á mi me están aguardando los justos hasta que me recompenses* ², durmióse dulcemente con el sueño de los justos el día 4 de octubre de 1226 á los cuarenta y cinco años de su edad; habiendo tenido la satisfaccion de ver establecidas en casi todos los reinos de la cristiandad mas de ochenta casas de su Orden. Tan solo era diácono, pues por humildad rehusó siempre aceptar el sacerdocio ³.

No bien hubo espirado, Dios se dignó manifestar la santidad de

¹ Helyot, t. VII, pág. 24.

² Psalm. cxli, 8.

³ Véase la *Vida de san Francisco de Asis*, por Mr. Chavin, y la preciosa aunque diminuta obrilla italiana, titulada *Fioretti di S. Fr.*, en 18.º

su siervo, para que los pueblos conocieran que la virtud existia no ya entre los herejes, sino en la antigua y sola verdadera Iglesia. Un cambio maravilloso se operó en todo su bienaventurado cuerpo; su piel, que estaba curtida y tostada por el sol, se puso blanca como la nieve, haciendo resaltar aun mas que en vida las llagas maravillosas, que entonces pudieron examinarse con toda libertad, hasta el punto de despoblarse la ciudad de Asis para admirar las saludables señales de nuestra redencion con que Jesucristo favoreció á su amado. El dia siguiente una increíble multitud de pueblo, llevando ramos ó cirios en las manos, acompañó su santo cuerpo hasta la iglesia de San Jorge, donde se le dió sepultura, la cual no tardó en acreditarse con asombrosos milagros ¹.

Trasladémonos ahora de Italia á Francia, donde nos espera otro espectáculo no menos conducente para que bendigamos la Providencia que vela por el bien de su Iglesia. Mientras Francisco y sus prosélitos acreditaban de este modo su santidad con ejemplos y palabras, Domingo y sus compañeros acorralaban hasta las últimas trincheras á la desenfrenada herejía. Los infames, á quienes se llamaba Albigenses, por haberse establecido en las inmediaciones de la ciudad de Albi, seguian adelante en sus estragos y profanaciones, siendo un doloroso espectáculo el ver infinitas iglesias violadas, altares derruidos y vasos sagrados prostituidos en indignos empleos; pero mas desgarrador era aun considerar tantísimas almas, rescatadas con la preciosa sangre de Jesucristo, aumentar de dia en dia el botín del demonio. Amargas lágrimas corrieron entonces de los ojos de la Iglesia; pero su divino Esposo al verlas se apresuró á enjugarlas, y para consuelo suyo suscitó á santo Domingo.

Este Santo, tan descollante por la nobleza de su alcurnia como por sus talentos y virtudes, nació en España, de la ilustre casa de Guzman, el año 1170. Á fuer de virtuosos, sus padres nada perdonaron para darle una educacion sólidamente cristiana; y el muchacho correspondió á sus desvelos de la manera mas satisfactoria. Apenas empezó á hablar, ya pedia que le llevaran á las iglesias para adorar á Dios, y secretamente se levantaba por las noches hurtando al sueño el tiempo que consagraba á la oracion. Á la edad competente cursó en las aulas públicas, distinguiéndose tanto por sus pro-

¹ Véase Godescard, 4 de octubre; Helyot, t. I, pág. 27.

gresos como por su tierna piedad y vida penitente; pues ayunaba con frecuencia, trasnochaba, y dormía sobre el entarimado de su habitación. No hay que ponderar su amor á los pobres, que brillaba en todas ocasiones; pero cuando mas resaltó fué durante una carestía que acaeció en España, en la que, para socorrer á los infelices hambrientos, vendió todo su ajuar y hasta sus libros de estudiante, y no teniendo ya de qué echar mano, quiso venderse á sí mismo para rescatar al hijo de una pobre viuda aprehendido por los moros.

Su caridad, cual la de todos los Santos, no se ceñía á las necesidades corporales del prójimo, sino que se extendía á las espirituales; con esta idea imponíase las mas ásperas penitencias al objeto de lograr la conversion de los pecadores, singularmente de los mas endurecidos. Dios oyó las súplicas de su celoso servidor. Ordenado de sacerdote, el santo óleo que bañó su frente dió nuevo impulso á su celo por el bien de las almas; y despues de edificar á la España, y de devolver á Dios muchos pecadores punto menos que incurables, pasó á Francia, donde desplegó toda la pujanza de sus gracias y dones para la conversion de los Albigenses, siendo tambien favorecido de Dios en esta empresa.

Tras increíbles fatigas, el santo apóstol tuvo la dicha de volver al redil de Jesucristo muchísimas ovejas extraviadas; y entonces fué cuando, habiendo consultado á sus compañeros, resolvió formar una congregacion y fundar una Orden religiosa cuyo objeto principal seria la predicacion del Evangelio, la conversion de los herejes, el sosten de la fe y la propagacion del Cristianismo. Habiendo pasado á Roma, sometió su plan al Sumo Pontífice, el cual lo aprobó, y en consecuencia fué establecida la nueva Orden bajo el nombre de Padres *Predicadores* ó *Dominicos*, y en Francia de *Jacobitas*, porque su primera casa en París estaba en la calle de Santiago.

Hé aquí los artículos principales de su regla: Silencio perpetuo, de modo que en ninguna circunstancia pueden los religiosos hablar entre sí sin anuencia del superior; ayuno casi continuo, con abstinencia de carnes, salvo el caso de peligrosa enfermedad; uso de ropas de lana en lugar de lienzo, y otras varias privaciones. Su traje consiste en sayal y escapulario blancos, capa y cogulla negras, rematando esta última en punta como la de los Cartujos.

La Orden dominicana se propagó velozmente por todas partes, prestó desde su origen los mas insignes servicios á la Iglesia, ya en

las misiones entre los infieles, ya en los países católicos, y dió al mundo varios hombres ilustres en santidad y en saber, como san Antonino, san Vicente Ferrer, Alberto el Grande, Vicente de Beauvais, el P. Luis de Granada; pero el mas famoso de todos fué sin disputa santo Tomás, de quien hablaremos luego. Los Papas han colmado de favores á esta Orden, poderosa auxiliar de la fe, entre otros con el privilegio de que haya de ser siempre un dominico el maestro del Sacro Palacio. Hé aquí la circunstancia que dió origen á esta prerogativa:

Santo Domingo, hallándose en Roma, observó que los criados de los cardenales y ministros de la corte se divertian en jugar y perder el tiempo mientras sus señores estaban en el despacho con Su Santidad, y afligido de ver esto, propuso al Papa que nombrara alguna persona para instruirles, á lo que el Papa accedió confiriéndole á él mismo esta comision. El Santo explicó á los domésticos las Epístolas de san Pablo, y logró tan felices resultados, que Su Santidad quiso continuaran siempre estas instrucciones á cargo de un religioso dominico, titulado maestro del Sacro Palacio¹.

Débase tambien á santo Domingo la institucion de la célebre cofradia del *Rosario*. Para el feliz logro de sus misiones, púsolas bajo la proteccion de María santísima, enseñando á honrar de una manera sencilla y fácil sus principales misterios y los de Jesucristo nuestro Señor, por cuyo medio trató de reparar los ultrajes que á la tierna Madre de los cristianos inferian los herejes. Esta devocion ha llegado á generalizarse inmensamente, pues al paso que asegura á los que la practican la tutela de María, atrae sobre ellos los dones mas excelentes, segun manifestaremos al tratar de ello en la parte IV del Catecismo. Lleno de dias, colmado de virtudes, honrado

¹ Así se hizo hasta nuestros dias, pero ahora el maestro del Sacro Palacio ya no instruye á los domésticos de los cardenales, sino solo á los del Papa, y aun con éstos se reduce á las principales festividades del año, al Adviento y á la Cuaresma.

Andando el tiempo los Pontífices dispensaron mucho honor y confianza á los maestros del Sacro Palacio. Nadie puede predicar delante de Su Santidad, si no es nombrado por este funcionario, y en caso conveniente tiene derecho á reprender en público al orador. Tampoco sin su aprobacion puede imprimirse cosa alguna en Roma ni en su demarcacion, siendo el juez nato de todos los impresores, libreros y grabadores en lo relativo á la impresion, venta, compra, entrada y salida de libros y estampas.

con el don de milagros, santo Domingo murió en Bolonia el día 5 de agosto de 1221 ¹.

A los Carmelitas, Franciscanos y Dominicos agregáronse durante el siglo XIII, como otros auxiliares de la fe, los Agustinos. Hasta entonces habian existido en la Iglesia diversas congregaciones religiosas bajo la regla agustiniana; pero al objeto de darlas mas cuerpo, vigor y consistencia, el papa Alejandro VII las reunió en uno solo, bajo la direccion de un superior general. Así quedó formada la cuarta Orden de los Mendicantes, tan regular y austera como las precedentes, al paso que no menos útil y famosa ².

Mientras esas falanges de modelos y de apóstoles impedían que el libertinaje y la herejía tomaran pié entre el pueblo, otros defensores de la verdad y virtud sostenían ante los sabios la causa de la Iglesia; pues ya dijimos que en el siglo XII grandes doctores llevados de peligrosa curiosidad habian alterado la sana doctrina y sostenido graves errores tomados de los moros de España ó sea de los árabes allí establecidos. Dios, pues, para desalojar el error de este nuevo apostadero, suscitó inmortales ingenios, los cuales á una ciencia asombrosa juntaron la santidad mas perfecta, entre ellos y distinguidamente san Buenaventura y santo Tomás, el segundo llamado doctor Angélico, y el primero doctor Seráfico. En la imposibilidad de relatar la historia de ambos, escogerémos la de santo Tomás, por ser el nombre que mas á menudo llega á nuestros oídos.

Santo Tomás, destinado por Dios para cercenar de la ciencia sagrada toda clase de sutilezas inútiles ó peligrosas, trazar con mano firme y segura los límites del saber y de la fe, demarcar su necesaria alianza y refutar los errores muzlímicos introducidos en las escuelas cristianas, nació en Italia á fines del año 1226. Su padre Lendulfo era conde de Aquino y señor de Loreto, y Teodora su madre hija del conde de Theato. Contaba Tomás cinco años apenas cuando fué confiado á los religiosos de Monte-Casino para que le imbuye-

¹ Helyot, t. III, pág. 210.—El santo Rosario, que consiste principalmente en repetir por una serie de veces la Salutacion angélica, ha inspirado al P. Lardaire, autor de la *Vida de santo Domingo*, la reflexion siguiente: «El racionalista se sonríe al ver desfilar una procesion de devotos, que pronuncian «todas las mismas palabras; pero el que ha recibido una luz mas espléndida, «comprende que el amor solo tiene una expresion, la cual aunque se diga siempre, no se repite jamás.»

² Helyot, t. III, pág. 11.

ran los primeros rudimentos de la doctrina civil y religiosa, y ya entonces llamó la atencion de sus preceptores por la rapidez de sus progresos. Devuelto á su familia á los diez años, padres y amigos se admiraron de ver tanta piedad y modestia en tan corta edad, tanto decoro y cordura en un niño que nada decia ociosamente y sin mucho tino, y cuyo mayor gusto consistia en abogar ante sus padres por los pobres, á favor de los cuales se interesaba hasta privarse del necesario sustento para socorrerles.

Trasladado á Nápoles al objeto de seguir sus estudios, en medio de la corrupcion de aquella gran capital supo conservar hermosa y lozana la flor de su inocencia, habiendo hecho pacto con sus ojos para nunca fijarlos en ningun objeto peligroso; y hastiado del mundo tomó el hábito entre los Dominicos de Nápoles, el año de 1243, contando diez y siete de edad. Sus padres y hermanos emplearon todos los medios imaginables para disuadirle y volverle al siglo, insistiendo muchos años en esa especie de persecucion; pero inútil fué, antes hirió de rechazo á sus propios autores. En efecto, Tomás dió tan buenos motivos para justificar su eleccion, que dos de sus hermanas imitaron su ejemplo y entraron monjas. Rompiendo al fin los lazos que le retenían, pasó Tomás á París con el general de los Dominicos, y de allí á Colonia, donde Alberto el Grande enseñaba teología con muchísima reputacion. Bajo ese hábil maestro, el Santo hizo progresos extraordinarios, aunque los ocultaba por humildad, é imponiéndose con igual motivo un silencio absoluto, de modo que sus compañeros de clase, achacándolo á tontería, le llamaban por burla el *buey mudo*; mas habiéndole interrogado el profesor sobre materias muy intrincadas, respondió con tal precision y lucidez, que los oyentes quedaron estupefactos, y el mismo Alberto, lleno de gozo, no pudo menos de exclamar: «Ese jóven á quien llamais el *buey mudo* mugirá algun dia de tal manera por su doctrina, que su voz «ha de resonar por el universo ¹.»

Esta prediccion se realizó: alternativamente orador, profesor y escritor, santo Tomás reunió todos los talentos, hasta el de la poesía; y á él se debe el magnífico oficio del Santísimo Sacramento, con el cual nada cabe comparar. En las cuestiones arduas fiábase mas de la oracion que de su trabajo, y acostumbraba decir que no tanto

¹ Nos vocamus istum, *Bovem mutum*; sed ipse dabit talem in doctrina mugitum, quod in toto mundo sonabit.

había aprendido en los libros como en presencia de su Crucifijo y al pié de los altares. Colonia, París, Bolonia, Roma, Nápoles, fueron las principales ciudades donde enseñó; todos hacían la debida justicia á su mérito: san Luis le convidaba muchas veces á su mesa, á pesar de lo cual aparecía tan modesto en la corte, como recogido en su convento. Es sabido que los hombres de genio padecen á veces singulares distracciones; el doctor Angélico no estaba exento de ello. Cierta dia, hallándose en la mesa con el Rey, le sucedió una que merece trasladarse: Ocupábase á la sazón en refutar la herejía de los Maniqueos, conocidos con el nombre de Albigenses, y llena su cabeza de la idea que le dominaba, exclamó de improviso: *Esto es decisivo contra los Maniqueos* ¹. Su prior, que le acompañaba, hizo presente el lugar donde estaba; el Santo para reparar su descuido pidió perdon al Rey, pero este buen Monarca lejos de darse por ofendido mandó á uno de sus secretarios que escribiese el argumento del Santo por miedo de que no se le olvidara.

Tomás rehusó todas las dignidades con que á porfía le brindaron los Sumos Pontífices, de modo que siendo aun jóven, era ya sazónado para el cielo. Habiendo emprendido un viaje á Italia, cayó enfermo en el convento de Fosa-Nova, célebre abadía cisterciense en la diócesis de Terracina, y como el abad y religiosos se dispusieron á administrarle el santo Viático, rogó á sus enfermeros que le pusiesen sobre ceniza, á fin, decia, de poder recibir humildosamente á Jesucristo; y en esta posición aguardó al Salvador. Aunque se hallaba muy débil, cuando vió la hostia en manos del sacerdote pronunció las siguientes palabras con tal devoción y ternura que hizo derramar lágrimas á todos los presentes: «Creo con firmeza que Jesucristo, Dios y hombre verdadero, está contenido en ese augusto Sacramento; adórote, Dios y Salvador mio; recíbote, á tí, que eres el precio de mi redención y el Viático de mi carrera, á tí, por cuyo amor estudié, trabajé, prediqué y enseñé. Confío no haber «emitido idea alguna opuesta á tu divina palabra; mas si tal me sucedió por ignorancia, públicamente me retracto y declaro someter «todos mis escritos á la censura de la santa Iglesia romana.» En seguida, habiéndose recogido, para formar algunos actos de religion, recibió el Santísimo Sacramento, y no consintió que le volvieran á su lecho hasta haber acabado la acción de gracias. Sintióse des-

¹ Conclusum est contra Manichæos.

fallecer, quiso le administraran la Extremaunción mientras disfrutaba de lucidez, en cuyo acto fué repitiendo las preces de la Iglesia, y seguidamente expresó su gratitud al abad y á los demás religiosos. Como uno de estos le preguntase qué convenia hacer para vivir siempre fiel á la gracia, respondió: «Andar siempre en presencia de Dios ¹.» Estas fueron sus últimas palabras; oró aun algunos momentos, y acabó por dormirse en el Señor el dia 7 de marzo de 1274, á los cuarenta y ocho años de edad ².

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haber proporcionado á vuestra Iglesia tantas Órdenes religiosas y tantos Doctores santos para que la defendiesen; concedednos la humildad y la tierna devoción de santo Tomás.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *repetiré á menudo: Quiero salvarme.*

¹ El mismo, consultado por una de sus hermanas acerca lo que debía hacer para salvarse, le respondió esta sola palabra: *Velle*, quererlo.

² Godescard, 7 de marzo; Helyot, t. III, pág. 210.—Las obras de santo Tomás se dividen en cuatro partes:

1.º Obras *filosóficas*, que compuso el Santo para refutar á los herejes y á los árabes de España, los cuales echaban mano de Aristóteles para combatir á la Religion. Gracias al santo Doctor, Aristóteles, llamado entonces el terror de los cristianos, fué casi convicto de ortodoxo, y suministró á la Religion nuevas armas contra el ateísmo y la incredulidad;

2.º *Comentarios* sobre los cuatro libros del *Maestro de las sentencias*, que vienen á ser un curso metódico de teología;

3.º *Suma teológica*, obra admirable en la que siempre se dan la mano la razón y la fe. La *Suma contra los gentiles*, tambien obra suya, fué compuesta á instancias de san Raimundo de Peñafort para dar á los predicadores españoles suficiente luz en sus discursos á los judíos y sarracenos;

4.º *Opúsculos* sobre varios asuntos, entre ellos la explicación del Símbolo, de los Sacramentos, del Decálogo, del Padre nuestro y del Ave María.

Existen asimismo de santo Tomás unos *Comentarios* a la sagrada Escritura, habiéndose sobrepujado á sí propio en la explanación de las Epístolas de san Pablo. La mejor edición de estas obras es la de Roma, 1570, 18 tomos en folio.